hombre y del hombre en su propia sociedad.- 3º) Razonablemente, por lo tanto, de acuerdo con el propio temple, la hondura del pensamiento, la capacidad intelectual, la formación personal y el estilo de redacción, bien sea el discurso sistemático o el ensayo filosófico, cada uno de estos cinco autores ha producido su obra filosófica, y que en síntesis, cada una de ellas puede resumirse por una característica propia: por el vigor intelectual (Carlos Astrada), por la profundidad del pensamiento (Miguel Angel Virasoro), por la convicción coherente (Carlos Alberto Erro), por la preocupación por lo argentino (Homero Mario Guglielmini) o por la universalidad integradora (Vicente Fatone). Pero desde el tiempo o más allá de él, a los cinco pensadores reunidos abarca un impulso común: el anhelo incangeable de lo que siempre es y el reclamo de la fidelidad existencial a esa aspiración, lo que, por supuesto, tratan de plasmar en producciones visiblemente diferentes.

Este libro refleja con sólo hojearse el empeño perseverante y fundamentado que su autora ha cumplido para mostrar que la presencia que la filosofía de la existencia manifiesta en una constelación generacional de pensadores argentinos y su original asimilación, se ha concretado en una tarea insoslayable, que hasta ahora no se había realizado y que se agrega a otros pocos estudios por sectores que sumados a éste son pioneros dentro de la historiografía de las ideas argentinas. Del éxito de este tipo de aportes más que nosotros mismos, limitados por la perspectiva temporal, hablarán las generaciones futuras, cuando gracias al presente y a otros esfuerzos similares del intelecto nacional, el recuerdo de lo escrito las mantenga alertas para que el ejercicio de la memoria histórica siempre se mantenga vivo.

Sólo me queda, después de este breve juicio y balance del presente libro de la Doctora Matilde Isabel García Losada, recomendarlo por la riqueza de su contenido y el poder heurístico, explorador, de su enfoque; e incitar a la lectura atenta de sus páginas y a la reflexión detenida sobre las ideas que en ellas se desarrollan.

Francisco García Bazán

JAIME NUBIOLA, *El taller de la filosofía: Una introducción a la escritura filosófica*. EUNSA. Pamplona 1999, 248 páginas.

El filósofo español Jaime Nubiola, profesor de filosofía del lenguaje en la Universidad de Navarra, presenta en este libro las claves para armonizar, a través de la escritura, el pensamiento y la vida de quien se inicia en la filosofía profesional. En tal sentido, «se asemeja más a un "manual de auto-ayuda", que a un tratado de metodología filosófica» (p. 17), que Nubiola ofrece a modo de invitación personal para que cada uno gane distancia respecto del trajín cotidiano y consiga el espacio necesario para pensar cómo vive hasta lograr encaminarse hacia donde cada uno quiera realmente vivir. En este proceso resultan comprometidas y revisadas todas las dimensiones personales, tanto en su aspecto íntimo como social, a través de la escritura que Nubiola la concibe como uno de los medios más adecuados para realizar este proceso plenificante y liberador de conocimiento y comunicación con uno mismo y con los demás.

Los cuatro capítulos que componen el libro describen este itinerario apasionante de descubrimiento y conquista personal, que parte del descubrimiento de la vida intelectual plena (capítulo 1), se detiene en la escritura personal (capítulo 2), en la escritura filosófica profesional (capítulo 3), y culmina en el cuarto capítulo con el descubrimiento de la filosofía como misión, y de «la verdad como tarea, esto es, como algo que ha de vivirse en la práctica y que ha de hacerse precisamente mediante nuestras prácticas comunicativas: *veritatem facere in caritate* (*Efesios* 4,15)» (p. 230). De allí, precisamente, el título de «taller» que Nubiola ha elegido para su libro por ser esta una imagen que destaca tanto el carácter gremial de la filosofía, semejante al de los saberes artesanales, como «la dimensión manual que el trabajo intelectual tiene y que a menudo es pasada por alto» (p. 14).

El título del capítulo primero, «El horizonte de la vida intelectual», da por sí mismo la clave para iniciar la aventura fascinante en que consiste la filosofía profesional hecha vida intensa: «Para asomarse al taller de la filosofía es preciso primero aprender a mirar [...], a contemplar con pausa, con morosidad, a examinar con atención en primer lugar la propia vida» (p. 21). A través de las cinco secciones de este capitulo se va aprendiendo a mirar la propia vida y a descubrir en ella el genuino horizonte de la vida intelectual; la manera de enriquecerlo mediante el adentramiento de uno mismo a través de la actividad de la inteligencia, de la voluntad y del corazón; la manera de proyectar ese horizonte en la dimensión racional y afectiva y, finalmente, la manera de relacionarlo con la escritura de quien se dedica a la filosofía para que esta sea efectivamente la articulación de pensamiento y vida. Por eso, Nubiola concibe la «metodología», o ciencia del método, como una «ética del intelecto», en la que se pone de manifiesto «la conexión entre las dimensiones práctica y teórica de la razón» y en la que se «alude en cierto modo al anclaje de este saber en los fenómenos comunicativos de la cultura humana» (p. 39). Además, en cuanto ética, es esclarecedora de las virtudes necesarias para el crecimiento y ensanchamiento de la vida intelectual, como así también de aquellas actividades fundamentalísimas tales como la capacidad de atención, que «es en ella donde se articulan voluntad e inteligencia» (p. 60), el cultivo de la imaginación, que «es la matriz de la capacidad creativa humana» (p. 63) e indispensable para la escritura, ya que esta consiste en la articulación creativa de nuestro pensar y de nuestros afectos en la que se resuelve nuestro vivir; y, finalmente, el hábito de planificar, que incluye el orden personal, la creatividad y la autodisciplina aplicados al plan de trabajo diario, semanal, mensual e incluso a períodos de mayor alcance, como los son el destinado a la elaboración de la tesis doctoral y la posterior actividad de investigación, docencia y publicaciones en la que se desarrolla la vida académica del filósofo profesional. El capítulo termina con la presentación de unos criterios sumamente prácticos sobre qué libros leer, en qué orden leer y cómo leer.

En el capítulo segundo, «Aprender a escribir», Nubiola ofrece en sus primeras líneas lo que podría entenderse como el núcleo y la síntesis de todo el libro, y la expresión de la esencia de la vida humana en su plenitud: «Como la búsqueda de la verdad es esencialmente comunicativa, la escritura es la expresión mas genuina de la vida intelectual. Para quien se dedica a la filosofía "vivir es escribir" (Schlegel, *Poesía y filosofía*, p. 70). Para todos aprender a escribir es aprender a pensar y aprender a articular pensamiento y vida» (p. 83). Allí pueden verse contenidas todas las dimensiones de la vida humana, todas sus potencias, todas las virtudes necesarias, y el método para desarrollar y ensan-

char esa vida: la escritura, sea que se trate del filósofo o de toda persona en cuanto tal. El capítulo se articula en seis secciones en las que se ofrecen algunas pautas posibles para iniciarse en la escritura personal y para incorporarla a la vida cotidiana, dándole hondura vital a esta actividad aprendiendo a escribir la verdad, a escribir con claridad y a escribir despacio. Todo ello va disponiendo a la persona de tal manera que la conduce no sólo a ganar en transparencia en las relaciones con los demás, «a vivir como en una casa de cristal», es decir, al «rechazo radical de un doble código de conducta personal, uno para cuando a uno le ven y otro para cuando a uno no le ven» (p. 103), sino también a practicar una purificación del pensamiento y de la imaginación, pues «lo que no puede publicarse no se debe escribir y lo que no se puede escribir tampoco se debe decir y quizás ni siquiera pensar» (p. 106). El capítulo se cierra con algunas consideraciones generales sobre el arte de escribir y de la traducción de textos y se complementa con el capítulo tercero dedicado a «La escritura profesional en filosofía» que ofrece en sus seis secciones criterios sumamente útiles para organizar el propio trabajo de escritor, para familiarizarse con los distintos géneros de escritura filosófica, para la elaboración de la tesis doctoral, y para iniciarse en la carrera de las publicaciones.

«La piedra de toque de un "pensamiento fuerte" se encuentra en su dimensión comunicativa, en aquella peculiar articulación de amor a la libertad y de comunicación afectiva que acontece en el dialogo amistoso y libre entre las personas» (p. 186). Por eso, una vez esclarecido el horizonte de la vida intelectual y el papel vital que desempeña la escritura en la vida humana y profesional, el capítulo cuarto se dedica íntegramente a las «Prácticas comunicativas e investigación», destacando que «es en esas prácticas donde toma fuerza la escritura filosófica o, por el contrario, donde se encuentra la causa de sus altibajos y perturbaciones» (p. 186). A lo largo de sus seis secciones se van describiendo las relaciones comunicativas con uno mismo, con quien dirige la tesis doctoral o actúa como mentor, con los iguales, y con la comunidad electrónica en Internet. Este capítulo constituye algo así como el campo de aplicación y práctica de aquellos principios constitutivos de la «ética del intelecto». En él se va aprendiendo a convivir con uno mismo y con los demás, cualquiera sea el rol que a uno le toque desempeñar en la vida universitaria, que lo será en la medida que la anime la comprensión y el pluralismo. El capítulo se completa sugiriendo algunas claves para la comprensión histórica desde una óptica pluralista, en el que cabe destacar «el principio de caridad» que ha de regir el análisis de textos (p. 220), y algunas claves para la filosofía del nuevo siglo.

El libro culmina abriendo un horizonte nuevo y magnífico para quien quiera aceptar la responsabilidad de ser protagonista de una «filosofía para un nuevo siglo» animada por la convicción de que la búsqueda de la verdad no es un problema exclusivamente «teórico», sino una cuestión genuinamente práctica que afecta a todos. «El reconocimiento de que las divisiones entre los seres humanos singulares y entre los pueblos son consecuencia en gran medida de que cada uno está convencido de poseer en exclusiva la verdad, ayuda a entrever las vías para regenerar espacios comunicativos [...] A quienes se dedican a la filosofía corresponde quizás en particular el llegar a concebir con su imaginación los nuevos cauces que requiere el desarrollo de esas relaciones comunicativas basadas en el amor a la verdad, en el respeto a la pluralidad y en la aceptación de las limitaciones personales, las de cada uno y las de la propia colectividad, pero aunadas esas personas por una común convicción acerca del extraordinario valor creativo de su cooperación» (p. 229).

El taller de la filosofía esta dedicado explícitamente a quienes se inician en la filosofía profesional. Sin embargo, creo que supera ampliamente tal propósito: mucho más que un libro de metodología filosófica y de iniciación a la escritura, es un libro que enseña a vivir en plenitud, es un libro de metodología de vida humana y humanizante, a la medida de las necesidades y características de la gente de hoy. Si quien lo lee descubre esto, y lo vive, se da cuenta de que luego esta en condiciones de «escribir» —de «vivir»— su propio taller de la arquitectura, o taller de la medicina, o taller de la administración del hogar y de la educación de los hijos, etc. Porque aprendió a vivir en plenitud, luego puede aplicar esa manera de vivir a su propia tarea cotidiana, ya sea la filosofía, la ingeniería, el cine, o la educación de los hijos, etc. La sencillez de su expresión lo hacen accesible al gran publico, y la hondura y sabiduría multisecular de su contenido hace que cada uno pueda encontrar y saborear en él todo cuanto necesita. «Me gustaría —dice Nubiola— que este texto fuera el ofrecimiento de una experiencia personal que invita a quien lo lee a repensar y a organizar su propio taller. A mí al menos me ha ayudado mucho escribirlo. No sólo porque su escritura aliviaba mi desazón personal, sino porque escribiendo me encendía de ilusión por intentar ser un poco mejor» (p. 17). Pues encendido con la misma ilusión queda uno después de leerlo.

Adriana Gallego